

Ramón P. Muñoz Soler

Alborada del Hombre Nuevo

Transcripción del registro fonomagnético del diálogo
entre el autor y miembros del
“Instituto de Difusión de Estudios Sociales (IDES)”.



I

PRESENTACIÓN

Dr. Osvaldo Depaula

Presidente del IDES

Esta reunión esa aguardada por nosotros con cierta expectativa de acuerdo a lo que habíamos conversado en las últimas reuniones del Consejo. La expectativa es doble: primero por el trabajo que tuvo a bien tomarse el Dr. Muñoz Soler de efectuar el análisis de los trabajos publicados en la Revista del Instituto; desde el primero al cuarto número, el doctor, escrupulosamente, los leyó todos y efectuó al respecto comentarios que nos han servido, realmente, de guía, de orientación y que nos han esclarecido algunos puntos que los teníamos quizás potencialmente, pero que no los teníamos expresamente formulados. El mismo interés se vio acrecentado por el contacto que tuvimos con el primero de los dos libros escritos por él – “Gérmenes de Futuro en el Hombre”–, donde expresa un gran número de ideas que las queríamos ver escritas en alguna parte. El libro del doctor Muñoz Soler encierra la explicación de muchos fenómenos que se presentan en la vida diaria y que a mí me resultan profundamente incomprensibles y, al mismo tiempo, tiene un mensaje de futuro con su concepción del hombre de mañana y esa individualidad en expansión a la que él se refiere, que infunde confianza y fe.

Hemos conversado con el doctor Muñoz Soler sobre la posibilidad de comentar personalmente este libro que hemos leído con tanto interés y ampliar el contacto que tuvimos con él y que consideramos va a ser de gran utilidad para nosotros. Doctor, usted tiene la palabra.

Dr. Ramón P. Muñoz Soler

En realidad yo no voy a decir ningún discurso, sino me brindo, simplemente, al diálogo porque creo que es el diálogo el principio fundamental del Instituto de ustedes...creo que es así, ¿no? De modo que inicien ustedes el diálogo que yo los voy a seguir, o los seguiremos todos, mejor dicho.

Pregunta: — Yo tengo una pregunta que me interesa mucho personalmente y, además, por ser de gran actualidad. Usted se refiere, en uno de los capítulos del libro, al método y habla de que el hombre de hoy, en muchos aspectos insatisfecho con las condiciones de vida

que se dan, busca diversos métodos para tratar de encontrar satisfacciones, concreciones, a su individualidad y, por ejemplo, recurre a filosofías orientales, o recurre a las drogas –ácido lisérgico– o, incluso, en última instancia, pienso que hasta la de los hippies es una forma de vida de individuos que pueden sentirse insatisfechos con la forma común de vida y tratan de encontrar algo mejor. Yo quisiera que explicara usted –aunque la expresa en el libro– y que nos diera más detalles sobre este tipo de métodos de moda tales como el yoga, el ácido lisérgico y demás drogas, la forma de vida hippie, y lo que usted propugna, en cambio, como manera de lograr estas aspiraciones de individualidad del hombre y que, en última instancia, todos queremos.

Respuesta: — Es decir, usted pide una crítica a los sistemas metodológicos ... ; digamos, ¿una crítica a los sistemas de vida?

Pregunta: — Usted, en el libro, propugna un método que a mí me parece muy, pero muy interesante, pero yo quisiera que usted explicara un poco más sobre dicho método.

Respuesta: — Cuando plantea así la pregunta por el *cómo*, o sea por el *método*, enseguida corre el riesgo de objetivar el problema ¿no es así?, es decir, de concretarlo; y cuando concretamos algo, cuando le hemos dado una determinada forma –el método concreto en este caso–, corremos el riesgo de perder de vista la idea fundamental que queremos captar. Yo creo que cabría una pregunta previa... o sea, no nos apuremos por el método: creo que el método surge en función de algo que se quiere... De nada vale que nos pongamos a hablar aquí del método para ascender al Aconcagua o para ascender al Himalaya si nosotros no nos hemos hecho receptivos a *querer* subir, y si ese querer no es de tal manera que queramos vivirlo. Pienso que una discusión sobre los métodos nos llevaría seguramente toda la noche a discutir qué es mejor: si ir a pie, en auto, a lomo de mula o en avión... En cambio, creo que en la conversación de hoy a nivel de diálogo de esclarecimiento, es más importante que tratemos de captar en profundidad la idea fundamental que nos anima –a ustedes y a mí–antes de perdernos en detalles metodológicos, que no niego su importancia –al contrario, me parece que es importante conocer cuál es el método mejor para subir al Himalaya–, pero me parece que es más importante en un grupo como éste, con aspiraciones de futuro, que nosotros nos detuviéramos un poco en profundizar esta idea de futuro antes que en el método... O sea, yo me permitiría –si ustedes aceptan– desplazar para más adelante la pregunta formulada por el método.

Pregunta: — ¿Y cuál sería para usted esta idea de futuro?

Respuesta:— Creo que es mejor que ustedes mismos traten de elaborarla porque ustedes también la han vivido y la están queriendo experimentar, e inclusive, queriéndola plasmar en modelos sociales. Me parece que una de las aspiraciones del Instituto es experimentar una idea nueva acerca del hombre y plasmarla en la sociedad, ¿no es así? Tal vez la señorita que está aquí, a mi lado, pueda decir si ésta es la idea central de ustedes o no, para que tengamos una base para seguir dialogando...

Pregunta: — Creo que es así... yo soy nueva aquí...

Respuesta: — ¿Alguien más podría concretar mejor si el grupo piensa así, en términos de idea de futuro o no?

Pregunta: — Bueno, el grupo surge de una insatisfacción. El origen nuestro ha sido el estar insatisfechos, al menos con ciertos aspectos de la realidad; podemos estar de acuerdo con algunos aspectos, pero estamos en desacuerdo con otros aspectos de esa realidad. Nos propusimos, entonces, buscar algo nuevo y, como paso previo a esa búsqueda, decidimos primero estudiar esa realidad a los efectos de partir de fundamentos serios: primero conocer la realidad y luego proponer reformas a esa realidad. El grupo llega a un punto, en este momento, en el que está más o menos latente, aunque no totalmente expresada, la idea de que una reforma de la realidad de carácter parcial que haga por ejemplo a las estructuras políticas, sociales o económicas no es totalmente satisfactoria si no se encuentran ideas en lo político, en lo social y en lo económico que satisfagan completamente; y además, se advierte que sistemas estructurados sobre diversas ideas opuestas entre sí fracasan, están en crisis. Entonces, estamos comenzando a pensar en que aparte de la necesidad de reformas de carácter masivo hacen falta reformas de tipo individual en cada uno de nosotros. Es decir, que mientras que el hombre mantenga la estructura mental que tiene en este momento y permanezca sujeto a las mismas ambiciones o pasiones que lo dominan hasta ahora, no va a haber solución a tanta frustración que se palpa en el ambiente en la gente joven —que está muy desorientada y que no encuentra mucho horizonte—, y en la gente vieja también, que está bastante desilusionada del panorama argentino. Nos interesa su libro en la medida que usted refleja el mismo lenguaje: es decir, está hablando de que debe existir un hombre nuevo, un hombre de futuro.

Respuesta: — Con lo que usted acaba de decir podemos hacer un puente con la primera pregunta suya acerca de la metodología. O sea, volvamos a la metodología. Es decir, la idea de “Gérmenes de Futuro en el Hombre”, que coincide con la idea de usted, tiene que estar en función, como punto de partida metodológico, con la idea de un nuevo hombre y no de un

nuevo tipo de institución o de un nuevo tipo de organización. O sea que la clave del fenómeno social que apunta al futuro es, indiscutiblemente, un hombre nuevo; es decir, un hombre nuevo que pueda plasmar una nueva sociedad, y no una metodología que vaya a la búsqueda de modelos institucionales exclusivamente. Desde este punto de vista, y volviendo a la pregunta sobre los hippies y algunos otros movimientos nuevos, es muy interesante destacar que hay mucha inquietud, hoy en día, en algunos países, por la búsqueda de nuevos modelos institucionales. Tomemos el caso de los hippies y lo que en Estados Unidos se llaman las comunas –“comunes”–; en estos últimos cinco o siete años se ha desarrollado allí unas 3.000 comunas, o sea 3.000 grupos juveniles que buscan y experimentan nuevas formas de vida de comunidad: unas son hippies, otras no son hippies; unas están politizadas, otras no lo están; unas tienen tendencia religiosa, otras no. Es decir, la insatisfacción que parte de la vida institucional de la familia en crisis –que se traduce en una evasión de 500.000 jóvenes que anualmente emigran de sus respectivas familias a distintos puntos del país– es una de las principales causas de la formación de esas comunas. Pero la experiencia empieza a mostrar ya que los viejos problemas que tenían los jóvenes en sus respectivas familias son reproducidos en las comunas, y el principio de total autonomía personal que se tomara como base para oponer al viejo sistema del autoritarismo familiar, empieza a ser revisado; a tal punto, que hay autores que han estudiado las comunas que dicen que si ellas no tienen cierto autoritarismo se disuelven pronto: es decir, que volvemos al punto de partida. O sea que el hombre viejo insatisfecho –que podemos ser cada uno de nosotros– que quiera buscar una metodología en procura de formas sociales nuevas –sólo formales–, de nuevas estructuras institucionales solamente, va al fracaso. Las formas de organización de la vida social cambian con el transcurrir del tiempo, unas son mejores otras son peores, pero si el hombre no cambia interiormente reproduce en los nuevos modelos institucionales los mismos vicios, los mismos complejos, sus torturas mentales, las mismas dificultades de convivencia, ya sea que viva en una familia convencional, en una comuna hippie o en un kibutz israelí. El problema metodológico –me parece a mí– debe centrarse en la aspiración fundamental a ser un hombre nuevo. Antes de pensar en una metodología particular debemos preguntarnos si somos capaces de absorber en nosotros mismos la idea del futuro. Por otra parte, la idea del futuro no está reducida a “Gérmenes de Futuro en el Hombre” ni a ningún otro libro que ande por ahí, sino que es una idea –mejor dicho es una fuerza– que ya existe en el mundo y que es captada simultáneamente por distintas personas que tienen vocación de ser hombres nuevos, y es ahí donde –me parece– debemos centrar el método. Pienso que si nosotros no acertamos a vivir y experimentar en nosotros mismos la idea del hombre futuro, lo que podamos plasmar socialmente no va a ser otra cosa que una réplica del pasado.

(Señorita)

Pregunta: — Concretamente, ¿qué es el hombre futuro y cómo se canaliza esa vocación de querer ser un hombre futuro?

Respuesta: — Volvemos otra vez al cómo y a querer encontrar elementos objetivos. No creo que hoy en día se pueda definir al hombre futuro por rasgos caracterológicos objetivos, por su forma de pensar, sus formas de creer... por su forma de vestir, si lleva el pelo largo o si lleva el pelo corto... el hombre futuro es una aspiración de la humanidad actual que se concreta vitalmente en algunos individuos que forman ya una nueva fuerza social: eso es el hombre futuro.

(Otra señorita)

Pregunta: — ¿Y que pautas tenemos para reconocerlo?

Respuesta: — Volvemos otra vez a querer concretar, a querer definir, o a querer objetivar el fenómeno humano, y una de las principales características —funcionales, si podemos decir así—, que es propia del hombre futuro es, justamente, el negarse a quedar atrapado en la tendencia objetiva de la conciencia, que es una de las grandes tiranías de la mente. Nosotros vivimos habitualmente en la tiranía de una conciencia objetiva: queremos objetivarlo todo, desde nuestros pensamientos y deseos corrientes hasta las más elevadas especulaciones de la ciencia actual. El hombre futuro se abre, precisamente en un campo de no-objetivación... así como ustedes mismos lo han hecho... Cuando yo le pregunté a Osvaldo en una oportunidad —también con mi vieja mente objetivadora—, “¿qué buscan ustedes en el Instituto que han formado, cuáles son las ideas, cuáles son las pautas fundamentales...?”, y él me contestó en una forma muy simple: “no tenemos pautas”; esto desconcierta, ¿no es cierto?

Pregunta: — Perdón, si Osvaldo le dijo que no tenemos pautas... lo que pasa con nosotros es lo siguiente: El Instituto propicia una forma de diálogo, pero más que propiciar una forma de diálogo propicia quizá el reconocimiento de nosotros mismos. Entonces, cuando nosotros cumplimos una serie de actividades, un calendario de actividades:

llamémosle encuentro de la juventud, conferencias, charlas o debates, si bien estamos objetivando en un momento dado, lo hacemos con el ánimo de subjetivar en nosotros mismos posteriormente; o sea, ese es nuestro objetivo: conociéndonos a nosotros mismos entablar y seguir el diálogo con respecto a los demás.

Respuesta: — Correcto, esa es la pauta, o sea un método que nos permita reflejarnos a nosotros mismos en los demás y no un método de objetivación tiránica que nos encadene a

objetivos fijos que después se hagan antagónicos a otros objetivos... ¿no es cierto? El hombre nuevo se abre, hoy en día, más que nada, a un anhelo profundo de conocimiento de sí mismo, de penetrar en la profundidad de su medio interior; es decir de revelar el ser, de recuperar un ser que se ha perdido justamente por la tendencia objetivadora de la conciencia. Egoencia del ser es, simplemente, eso, recuperar nuestro ser.

Pregunta: — Doctor, dentro de las ideas de su libro, yo quisiera aclarar lo que usted llama renuncia y método profético.

Respuesta: — Bueno, la renuncia es el fundamento metodológico de la apertura. La renuncia es la base fundamental de la apertura del ser.

(Del mismo interlocutor) Pregunta:

— ¿Y método profético?

Respuesta: — Profético quiere decir en la medida en que cada uno de nosotros podamos percibir el futuro; en esa medida cada uno de nosotros experimentamos un método que actualmente ya no es privativo de los grandes profetas de la raza humana —claro que ellos lo ejercitan a nivel de la gran profecía...diríamos, pero en la medida en que cada uno de nosotros acá, estamos queriendo percibir lo que viene dándose desde el futuro, estamos ejercitando el método profético. Posiblemente la característica del hombre futuro —y aquí surge una cierta respuesta a la pregunta que formulara anteriormente la señorita de “qué pautas” podíamos dar para su reconocimiento—, una de las características —volvemos a repetir— de ese hombre futuro, es, precisamente, esa especial sensibilidad que lo hace receptivo al futuro. En cambio, la mayoría de los seres humanos viven en función del pasado, y sus formas de pensar y sus formas de sentir están en relación al depósito de experiencias del pasado cuya energía mueve sus pensamientos, sus sentimientos y su acción; mientras que el hombre nuevo tiene una apertura, una especial sensibilidad y una especial receptividad a lo que viene dándose desde el futuro. De modo que en este sentido, cada uno de nosotros estamos ejercitando un método profético, que no era la característica de las generaciones anteriores... ¿no es así? Todos los métodos psicológicos de conocimiento del hombre que se han dado hasta hoy, incluyendo un método tan moderno como el psicoanálisis y que profundizó tan extraordinariamente en el subconsciente, todos estos métodos están en función del pasado; están en función de un conocimiento de aquellas capas de la experiencia humana que pertenecen al pasado. Sólo en los últimos tiempos, una nueva sensibilidad —si podemos decir así— empieza a aflojar en un conjunto de hombres en diferentes partes del mundo que les permite recibir el mensaje del futuro. Ya no lo reciben tampoco por intermedio de los grandes mensajeros —los grandes mensajeros lo transmiten, indudablemente a diferentes niveles de

operatividad—, pero un conjunto de almas, simultáneamente en distintos lugares del planeta, se hacen receptivas en forma directa al mensaje del futuro; y ese grupo de seres humanos, con una nueva conciencia, y que se reconocen entre sí por similitud, forman la nueva generación y constituyen la nueva esperanza para el mundo. Es la emergencia de un nuevo tipo humano que aún está en germen. No podemos todavía hablar de rasgos definidos, de caracteres fijos, porque tal tipología estructurada se hace evidente cuando la raza es vieja...; entonces aparecen los rasgos definidos de una raza y de una cultura. Pero nosotros estamos hablando ahora de una cultura en gestación. El mismo término de “*gérmenes*” de futuro en el hombre nos está indicando que lo que llamamos ahora conciencia nueva en expansión, apertura al futuro, egoencia del ser, es un nuevo rasgo cualitativo de carácter germinal... que está en gestación. La conciencia nueva que está en ustedes o puede estar en mí no es una cualidad nueva en el esplendor de su desarrollo; tal por eso comprenderán mejor en ustedes mismos y en mí, la vacilación frente a esta receptividad incipiente de futuro; no tenemos como instrumento para “ver”, unos ojos tan perfeccionados como los ojos corporales —que quien sabe cuantos miles de años tuvo que perfeccionar la raza para que pudieran percibir el medio ambiente físico que nos rodea—. Pero se está desarrollando un nuevo tipo de conciencia y un nuevo tipo de percepción en el hombre, aún de carácter germinal; pasarán quién sabe cuántos miles de años hasta que estas cualidades germinales lleguen a su pleno desarrollo en los nuevos tipos humanos. Esto es muy importante reconocerlo, porque muchos de los fenómenos individuales y sociales de nuestro tiempo tenemos que interpretarlos en términos de funciones incipientes, que acaban de nacer... de ahí la dificultad de objetivarlas, y aún el peligro de objetivarlas... Porque, hoy en día, también todo el mundo habla de hombre nuevo sin saber bien lo que es. Debemos preguntarnos, ¿de qué hombre nuevo estamos hablando?: primera cuestión de crítica metodológica. El hippie puede creerse hombre nuevo por el simple hecho de su rebeldía, por usar el pelo largo y ropa no convencional; los grupos revolucionarios que apuntan a la destrucción de las estructuras viejas de la sociedad, también se consideran por ese solo hecho hombres nuevos; los hombres de algunos grupos religiosos se consideran hombres nuevos en razón de alguna nueva creencia o ideología; y lo mismo ocurre en los campos artístico, científico y tecnológico de avanzada. O sea, cada uno quiere sentirse objetivado y reconocido en este nuevo fenómeno humano por la apropiación de algún especial rasgo distintivo exterior; la literatura moderna ha acentuado la confusión al pretender adscribir a tal o cual clase social, a tal o cual ideología, a tal o cual grupo generacional, los caracteres del hombre nuevo —como cuando se dice, por ejemplo, que es la juventud que detenta los rasgos de la nueva conciencia, sin advertir que en la juventud hay de todo—... Es decir, tiene que quedar bien claro que lo que llamamos hombre nuevo es un rasgo o cualidad humana interior, de ahí la dificultad de poder objetivarlo.

Pregunta: — ¿Podríamos decir qué es un aspecto psicológico o sociológico?

Respuesta: — No podemos reducir la cualidad de hombre nuevo a lo psicológico ni a lo sociológico. Es un estado interior de conciencia que no lo podemos definir como psicológico porque lo psicológico es un aspecto del ser; tenemos que ubicarlo en el ser: tal vez sería mejor decir que es un modo individual de ser. Si decimos que es sociológico lo estamos parcializando al proyectarlo sobre la pantalla de la sociedad; y entonces diríamos que es sociológico porque es un fenómeno que se da en los hippies, o en los grupos de izquierda revolucionaria, o en los grupos de vanguardia artística o en los grupos científicos de avanzada. Si decimos que es psicológico también lo estamos parcializando porque la psiquis es una parte del hombre, no *es* el hombre. Me parece que nos vamos a entender mejor, desde el punto de vista terminológico, si nos acercamos a las corrientes filosóficas modernas que apuntan al *ser* del hombre. Hombre nuevo, en el sentido que damos nosotros al término, es un modo de ser, y al decir un modo de ser queremos significar un modo de ser *total*, psicológico, sociológico, físico y espiritual al mismo tiempo: es decir, entramos en el campo del hombre unido, integrado, y salimos del campo del hombre dividido que somos cada uno de nosotros. Tal vez al llegar a este punto podemos perfilar un poco mejor este fenómeno del hombre nuevo: hablar hoy de hombre nuevo es hablar de una vocación de integralidad, de posibilidad de salir de los respectivos campos de especialización y de objetivación vital en que estamos aprisionados. Cada uno de nosotros está aprisionado en un campo parcial: por nuestra profesión, por nuestra cultura, por nuestra raza, por nuestra religión, por la ideología, por pertenecer a tal o cual grupo social, a tal nación u otra... y en tales condiciones nos estamos debatiendo en planteos de competencia y predominio en la búsqueda de soluciones parciales. Hablar de individualidad expansiva es justamente salir de todo eso, renunciar a todo eso y entrar en una nueva dimensión existencial y en un nuevo campo de conciencia que tenga carácter expansivo, es decir que pueda ser total. Porque nosotros no tenemos una conciencia total, tenemos una conciencia reducida — condicionada objetivamente a nuestra familia, a nuestra raza, a nuestra nacionalidad, a nuestra profesión—, pero no tenemos una conciencia universal:... quisiéramos tenerla, pero no la tenemos. Pero en la medida en que nos “abrimos”, aunque sea en un cierto instante de nuestra vida, en ese momento de apertura nuestra conciencia se expande; y ese tipo de conciencia expansiva *es* el medio de unión entre los hombres.

Y vuelvo con esto a lo de ustedes: al no querer fijar el Instituto una posición objetiva, se abre a todas las posiciones, por lo menos como posibilidad. Creo que, de alguna manera, al no haber fijado ustedes una posición sino haber dado un método —el diálogo—, si se mantiene el diálogo como método, del mismo diálogo —que es apertura— va a surgir la posibilidad de unión con otros grupos.

Pregunta: — Decía Osvaldo que usted había leído todos los números de la Revista del Instituto; quisiera preguntarle: ¿qué conclusiones ha sacado de esa lectura?

Respuesta: — En general tuve buena impresión; justamente lo que me impresionó mejor fue la ausencia de una ideología reaccionaria... a ver si me explico: reactiva...; porque hoy en día casi todos los movimientos sociales se fundan en una conciencia reactiva... reaccionan a favor o en contra de algo, o de alguien... están reaccionando constantemente. Creí ver en las páginas de la Revista que el Instituto no planteaba una posición reactiva; por el contrario, que era un grupo abierto, que era un grupo equilibrado —balanceado, diríamos, en términos dietéticos— (risas), que tenía todos los ingredientes...; es decir, un grupo que estaba equilibrado entre lo espiritual como aspiración suprema del ser, lo social como expresión del hombre en la comunidad, el respeto a una tradición —en el mejor sentido del término—, la valoración del individuo, y la apertura al diálogo; y me pareció que esos elementos de doctrina —si pueden llamarse así— son valiosos sobre todo si ustedes se constituyen en custodios de los mismos. Pienso que estos valores abiertos a lo universal deben ser custodiados... no sé si me explico.

Pregunta: — Usted acaba de emplear la palabra custodios, y yo la asocio con la palabra líderes; ¿no serían sinónimas en este caso?

Respuesta: — Ante todo quisiera decir una cosa: cuando un grupo se lanza a dar una idea y quiere esa idea, la ama y quiere darle fuerza, no solamente tiene que poner el acento en el liderazgo de su difusión sino también custodiarla, para mantenerla en su pureza... O sea, si el Instituto, que ha hecho del diálogo su principio fundamental, no lo respeta, si transforma el diálogo en polémica, discusión, proselitismo o cualquier otra cosa, indudablemente que la fuerza expansiva del grupo hacia lo universal va a disminuir.

Pregunta: — Entonces, partiendo de la necesidad de nuclearnos bajo esta nueva idea de hombre nuevo, yo pienso que en este momento, en que todavía no se puede concretar, no se puede mostrar —objetivamente hablando— a ese hombre, todas aquellas formas que el hombre ha creado en su pasado, aún las que tienen tendencia a la apertura, son las que nos podrían llevar a un engaño como para que fueran la imagen del hombre nuevo. Concretamente; desde el punto de vista político, las ideas sociales existentes; desde el punto de vista religioso, las religiones o la religión que generalice —digamos—; ¿estoy en lo cierto?

Respuesta: — Yo pienso que sí; hay muy pocas ideas nuevas en el mundo de hoy; y creo también que muchas de las fachadas ideológicas que se presentan hoy en día como nuevas no son nuevas sino solamente novedosas, que no es lo mismo. De modo que la primera función de custodia en un grupo como éste es crear justamente dentro mismo del grupo la suficiente fuerza de investigación y de estudio como para poder detectar lo que realmente es nuevo, y descubrir

aquellas fachadas que con la apariencia de nuevo no hacen más que recubrir o encubrir lo viejo.

Pregunta: — Doctor, nosotros, entonces, estamos ante una confusión: se advierte la existencia germinal de un hombre nuevo, que justamente porque es tan nuevo no se pueden dar rasgos definidos que lo caractericen; ahora bien, nosotros estamos en la postura de reconocer que es necesario —yo personalmente lo sostengo— el surgimiento de un hombre nuevo; profundizar más sobre qué características pueda tener ese hombre nuevo es innecesario porque no llegaríamos a nada —todavía no hay pautas—; pero, suponiendo que tengamos la aspiración íntima de llegar a ser hombres que reúnan estas características, si me integro entonces en una comunidad hippie —de acuerdo a lo que dice usted en el libro—, ¿tomaría un camino equivocado?

Respuesta: — Yo no he dicho que sea equivocado...

(Señorita)

Pregunta: — No es el camino adecuado si el que ingresa a una comunidad hippie no lleva en su ser la voluntad de querer cambiar, porque entonces detrás de la apariencia de hippie puede estar haciendo la vida de burgués.

Respuesta: — Claro... Yo no tengo nada en contra de la comunidad hippie; al contrario, creo que para alguien que tenga vocación de hippie puede ser el camino adecuado.

Pregunta: — Subjetivamente adecuado...

Respuesta: — ¡Claro!...

Pregunta: — Yo pienso que el hombre evoluciona históricamente. O sea que el hombre nuevo no es un fenómeno exclusivo de esta época sino que fue apareciendo en muchas épocas anteriores; o sea que desde el hombre de las cavernas hasta el hombre actual hubo un proceso de evolución donde la escala de hombre nuevo fue apareciendo muchas veces en la historia; ahora bien, cada una de esas escalas dio en su tiempo un tipo de sociedad determinada, o sea...: ante todo, yo no comparto la idea del joven cuando decía que hay todo un marco de interacción entre el marco social y el individuo como ser. Nosotros somos un producto del medio social, y tenemos una serie de conflictos por nuestro medio. Yo considero que el problema —y esta es mi pregunta—: si nosotros estamos viviendo en una época de transición, no sólo de orden nacional sino mundial donde van apareciendo nuevas formas, ¿ese germen de hombre nuevo, no es el fenómeno de una transformación social que tiene que venir? Ahora, posiblemente, también están otras pautas de lo que decía Teilhard del acercamiento hacia un nuevo punto, el punto omega, o sea hacia un punto de acercamiento universal mucho mayor. Por eso yo creo que la

búsqueda del hombre nuevo no puede estar limitada a un problema subconsciente sino que tiene que ser de acción. Nosotros mismos no sabemos cómo va a ser, pero según cómo formemos las instituciones, o sea según cómo formemos todo el marco social, económico, político, ahí va a aparecer el hombre nuevo.

Respuesta: — Yo también creo así..., en parte. Es indudable que el “Encuentro” mismo que ustedes han promovido es una manera de detectar el hombre nuevo: el hombre nuevo se detecta en la reunión de personas y se desarrolla en función de la comunidad social, pero hay que tener cuidado en creer que surge, simplemente, como producto de dicho medio.

Pregunta: — Perdón, doctor: el hombre nuevo nace de la interacción del grupo; si bien nace subjetivamente se pone de manifiesto o se canaliza en el grupo. Y esa es la intención del Instituto, canalizar todas nuestras opiniones y todas nuestras inquietudes a través de una institución que nos agrupe. Individualmente no llegaríamos absolutamente a nada, mientras colectivamente podemos llegar a algo, y ese algo nosotros lo denominamos IDES.

Respuesta: — Está bien, correcto... pero creo que tenemos que tener cuidado justamente con el grupo; el grupo puede actuar en función de apertura o de cárcel, como ocurre con todos los grupos. Nosotros estamos padeciendo en la sociedad actual de un fenómeno de masificación: somos productos –como decía el joven– del medio, y esa es nuestra desgracia ¿no es así?, ser productos del medio. Los grupos, hoy en día, las grandes corporaciones, el estado corporativo – como lo llama Reich en Estados Unidos– son estados de masificación de la conciencia, y todo grupo puede transformarse en una organización masiva más. Es decir, el grupo tiene dos caras que hay que saberlas reconocer. Por un lado actúa en función de encuentro, de apertura; mientras lo podamos mantener en dicha apertura estará abierto al futuro. Pero tiene también una cara demoníaca –llamémoslo así–, que la tiene todo grupo, y es cuando se transforma en una corporación más, en una masa más, donde el individuo puede quedar también anulado, atrapado... entonces, estos grupos nuevos tienen que tener cierta flexibilidad operativa para poder funcionar en las dos caras. Porque claro, grupalmente ustedes pueden hacer mucho, pueden promover una acción colectiva importantísima, siempre que el grupo tenga en sí mismo, en su corazón, en el centro del grupo, en su custodia, un espíritu de individualidad que pueda mantenerse; si no el grupo se transformará en una masa más, va a entrar en choque con otros, va a ser copado por alguna ideología o va a entrar en conflicto consigo mismo... no sé si me explico

II

Pregunta: — Perdón, doctor, ¿a qué llama usted método de vida?, ¿qué es método de vida?

Respuesta: — Bueno, método de vida pienso que es... Usted siempre vuelve a la metodología, y me parece bien (risas)... el método de vida es el método del hombre nuevo; es decir, poder vivir y encarnar las ideas, y no simplemente teorizar sobre ellas. El hombre nuevo, la sociedad nueva surgen en función de un método de vida y no en función de una ideología.

Pregunta: — Como aquí hay algunos que no han leído el libro ¿puede explicar en qué consiste ese método?

(Otro interlocutor)

Pregunta: — Usted dice encarnar un método de vida... A grandes rasgos, si usted pudiera ejemplificar —como dice Osvaldo— algo de lo que usted llama encarnación de un método de vida.

(Otro interlocutor)

Pregunta: — Usted, por ejemplo, en este capítulo, se refiere a la “armonía del individuo con los ritmos de la naturaleza”, luego habla del “control de la mente” y, finalmente, de “reserva, uso y transformación de la energía humana” y, a su vez, dentro de esta última parte, se refiere al control de las energías ligadas al “sexo”, a la “palabra” y a la “vista”.

Respuesta: — Vuelvo al punto de partida: ¿hay vocación suficiente como para vivir en función de un método de este tipo o no?; porque el método surge para aquél que lo quiere...

Pregunta: — Pero el problema es que a veces hay que conocer el método para saber si uno lo quiere.

Respuesta: — El método, tal como usted lo ha resumido, es demasiado amplio como para poder explicarlo en pocas palabras, pero partamos de la base de que estamos bastante lejos de ese tipo de metodología. De modo que empecemos por reconocer, si es posible, ¿qué lejos estamos, habitualmente, de todo eso! En primer lugar, si quisiéramos tener una armonía con los ritmos naturales, tenemos que confesar que no los reconocemos; y lo poco que conocemos —porque, por lo menos, el ritmo día-noche lo conocemos— estamos lejos de practicarlo, porque hacemos del día noche y de la noche día; ¡si cosas tan elementales como estas no las podemos practicar!... En segundo lugar, que el método tenga que referirse a un control de la energía es indiscutible, pero ¿queremos cada uno de nosotros adquirir un control de la energía?, ¿estamos

tan lejos de todo eso!; estamos acostumbrados a una sociedad de consumo, consumimos cualquier cosa, gastamos cualquier cantidad de energía, propia o ajena, en nuestros gustos, en nuestras satisfacciones... ¿queremos algún tipo de control sobre esa energía? Por otra parte, si no acertamos a intuir el fin fundamental de nuestros esfuerzos, nos va a resultar muy difícil practicar un método así. Si yo no acierto a enamorarme de un ideal de transformación humana, es muy difícil que pueda renunciar a mis placeres comunes, que pueda renunciar a lo que quiero, a lo que me gusta, a renunciar al sexo, a renunciar a tener comodidades, a tener dinero, a viajar, a tener las cosas que la gente dice que hacen grata la vida. En resumen, si yo no tengo un sentido trascendente de mi existencia, ¿para qué vamos a hablar de método de vida?, ¿para qué vamos a hablar de reserva sexual?; ¿qué sentido tiene hablar de reserva sexual en un mundo de voracidad de deseos, en que el único sentido de la existencia que tiene la gente es ser un poco más feliz y un poco más olvidada de sí misma y en que el sexo ofrece la gran solución, de olvidarse de sí mismo? ¿Cómo vamos a hablar, entonces, de control de la energía humana en una sociedad consumidora al máximo, que nos está ofreciendo constantemente cosas y que nosotros, por nuestra voracidad interior, compramos sin poder renunciar a nada porque la fuerza de la publicidad, del medio ambiente –como diría nuestro amigo– es más poderosa que nuestras buenas intenciones de controlarnos a nosotros mismos? ¿En función de qué vamos a intentar el nuevo método de vida?

Pregunta: — Ya que usted habla del control, yo creo que ese control estuvo vigente en toda la historia a través de los conventos de distintas doctrinas religiosas...

Respuesta: — Si, ¡pero para quien tuvo amor para practicarlo!

(Mismo interlocutor anterior)

Pregunta: — Claro, pero siempre estuvo vigente... O sea, si hablamos del hombre nuevo no podemos considerar el control como una nueva característica sino que siempre estuvo vigente.

Respuesta: — De acuerdo: el anhelo del hombre nuevo de querer armonizar su vida individual con la vida del cosmos no quiere decir que esté inventando las leyes del cosmos; el hombre no ha inventado la ley de la gravedad ni las leyes de la radiación cósmica, ni tampoco ha inventado los ritmos de la naturaleza o las leyes de la energía humana: dichas leyes han estado siempre vigentes, pero el hombre actual tiene que redescubrir sus relaciones con el cosmos. Pero tenemos que preguntarnos primero, como pregunta previa –volvemos a repetir– si tenemos amor suficiente como para querer estas cosas, o si es una simple curiosidad intelectual, curiosidad de doctrina y de conocimiento... algo que nos gusta conocer para enriquecer un poco más nuestra mente y saber un poco más...

Pregunta: -Perdón, ese tipo de pregunta que usted hace, ¿no se puede pretender que se conteste!

Respuesta: — No, pero nos la hacemos a nosotros mismos como metodología; es una pregunta que debemos hacernos constantemente como metodología; yo no digo que haya que contestarla...digo que hay que preguntarse, porque la pregunta misma nos va a mostrar el camino hacia la respuesta.

Pregunta: — Cuando usted nos habló antes de instituciones, en mí quedó algo no muy claro... Usted habló de los peligros que puede crear una institución como la nuestra, o los posibles peligros que se podían correr: concretamente, ¿cuándo hablaba de eso se refería al etiquetamiento —diríamos— de la institución?

Respuesta: — No, al etiquetamiento no... me refiero más bien al espíritu que la anima; si el grupo puede mantenerse con espíritu abierto va a ser una fuerza en expansión.

(Mismo interlocutor)

Pregunta: — Con el espíritu abierto pero sin negar el hecho positivo de crear una toma de posiciones...

Respuesta: — ¡Por supuesto!

(Mismo interlocutor) Pregunta: — ¡Ah!

Respuesta: — Por eso digo, si el corazón del grupo está alerta al principio con que fue lanzado... Porque el Instituto de ustedes también es germinal y muchas cosas germinales abortan en sus primeros meses de gestación.

(Señorita)

Pregunta: — Perdón, yo vuelvo un poco al tema de la pregunta anterior que uno se hace constantemente: ese querer tomar una conciencia plena y profunda del ser en cada uno; la pregunta inicial es la siguiente: si yo traigo acá a una persona que no tiene idea absolutamente de lo que se está tratando y le digo, “mirá acá estamos hablando del hombre nuevo”, lo primero que hace la persona es objetivar y quizás la pregunta que me hago yo sea objetivar...; pero si yo me tuviera que preguntar en un estado de cero kilómetro es: “¿para qué!?”; si yo logro obtener la respuesta adecuada de “para qué”, después me voy a hacer todas las preguntas de los caminos a seguir... pero ¿puedo obtener esa respuesta de “para qué?”, “qué me va a reportar a mí ser un hombre nuevo, si me va a reportar ser más feliz el tomar conciencia de mí misma?

Respuesta: — ¿Esa pregunta, se la está planteando a sí misma o me la está preguntando a mí?

(Misma señorita)

Pregunta: — Yo se la estoy planteando a usted... Usted, ¿me la responde?

Respuesta: — Pero, usted, al preguntármelo a mí, ¿se lo está preguntando también a sí misma?

(Misma señorita)

Pregunta: — Sí, ¡por supuesto!... y no desde ahora.

Respuesta: — Y, entonces, ¿qué respuesta da usted a esa pregunta dentro de usted misma?

(Misma señorita)

Pregunta: — Yo no la encontré todavía.

Respuesta: — No la encontré... pero usted quiere saber primero qué ventajas le va a reportar...; a ver si le conviene o no, si es rentable o no...

(Misma señorita)

Pregunta: — No, es un poco frío hablar así... pero... yo pienso que todo tiene un “para qué”.

Respuesta: — Esa puede ser la primera trampa de la mente: cuando usted proyecta un “para qué”, si se está preguntando si va a ser útil o no, qué beneficios le va a reportar, ya está cerrando el campo a la respuesta profunda.

Pregunta: — Claro, perdón, pero si no pregunta “para qué” está consiguiendo un convencimiento en falso; o sea, si no pregunta “para qué” —yo lo veo en el caso de ella... o sea, apoyo la pregunta—, si no dice “para qué” es porque está yendo —digamos— como una especie de corderito, de carne de cañón, que va así agachando la cabeza y diciendo: voy a ir... sigo algo... pero no sé adónde voy; o sea, lo primero que nos tenemos que plantear antes de dar un paso es “¿qué tenemos delante?”; no es cuestión de pesimismo u optimismo para afrontar un método o un nuevo modo de vida, sino es: “¿qué hay ahí?”, “¿cómo se representa, cómo se llega, cómo se hace y cómo se vive?”; y entonces sí nos vamos a plantear: “¿me conviene ir?”; pero no me conviene ir por una cuestión de conveniencia fría, monetaria o por lo que se brinde; “¿me conviene para mí mismo y para el bien de toda la comunidad y de todos los que yo quiero estar, me conviene ir a la vereda del frente o mantenerme en el mismo lugar?”: eso sería el “para qué”.

Respuesta: — Ese planteo supone un punto de partida falso, porque es una posición que está manteniendo una dualidad entre la “vereda del frente” y usted; al decir; “¿me conviene ir a la

vereda de enfrente o no?” usted ya se está negando a sí mismo y considera que el hombre nuevo está en la vereda de enfrente, lo que es una posición racional...

(Mismo interlocutor)

Pregunta: — Bueno, perdón que lo interrumpa, yo lo dije como vereda pero, quizás es el paso...

Respuesta: — Yo creo que el hombre nuevo nace o no nace en cada uno: ¡esa es la cuestión fundamental! No se trata de un proselitismo, no se trata de que alguien venga acá, yo o cualquiera, a hablar del Hombre nuevo como quien ofrece un producto y los demás se pongan a pensar si les conviene comprarlo o no (risas)... perdonenme la ironía.

Pregunta: — Yo recuerdo un pasaje de su libro...; voy a contestar por usted, doctor, pero citando una parte de su libro. El doctor en su libro dice que él admite la dualidad, pero que esas dualidades están enmarcadas dentro de un todo: o sea, primero es el todo y después podemos hablar de las dualidades...

Respuesta: — O sea, no nos perdamos en los detalles del fenómeno: ese sería el “quid” de la metodología; no nos perdamos en los detalles de esto que queremos captar como nuevo; no nos perdamos en una especulación demasiado prolija de tipo racional que nos va a cerrar el campo. Por eso ustedes habrán notado que yo me estoy negando un poco a especular, y negándome a responder objetivamente a las preguntas, porque no quisiera cerrar el campo perceptivo. Todos tenemos una conciencia que tiende a objetivar pero, al mismo tiempo, esa objetivación cierra el campo del conocimiento; es decir, dejemos dicho campo abierto, dejemos abierta la sensibilidad; no formulemos demasiadas preguntas racionales que cierren el campo a un tipo de receptividad que apunta más allá de lo racional... nada más; tratemos de sintonizarnos, de dialogar —así como lo estamos haciendo— pero no cerremos el campo con fórmulas, creyendo que porque hemos dado una fórmula o una respuesta ya hemos explicado algo, cuando a lo mejor sólo hemos puesto una pantalla. Por eso sería bueno que el diálogo no quedara reducido a pocas personas sino que todos participen porque en la medida en que se ejerce una función más participante, las posibilidades de entender lo que estamos queriendo entender van a ser mayores.

Pregunta: — No obstante lo que usted ha respondido frente a la pregunta de la señorita —del “para qué” — yo diría que hay un punto básico muy positivo y es el hecho de que ella formule la pregunta... la base de que ya existe la inquietud en buscar; al no obtener una respuesta, al no tratar de objetivar una respuesta —que sería el paso secundario— ya la primera pregunta le da la posibilidad de estar en el grupo. Ella dijo, si yo traigo a una persona aquí y le digo “que estamos hablando del hombre nuevo”, esa persona demostraría la inquietud de estar con el

grupo desde el momento en que no va a preguntar “¿qué es el hombre nuevo?”, sino a decir “¡Ah!, a lo mejor encuentro alguna respuesta a lo que ya me he preguntado”.

Respuesta: — Ustedes ven cómo se va enriqueciendo la metodología en la medida en que profundizamos el diálogo ¡porque estamos practicando una metodología! Es decir, que lo que vale de la inquietud de la señorita es la pregunta no la respuesta; porque la respuesta puede estar moldeada por mí, por mi condicionamiento, por mi formación, por mi modo de ser, por mi ignorancia, por lo que sea, mientras que la pregunta es siempre viva. Por eso, cuando ella proyectó sobre mí una pregunta en espera de una respuesta objetiva, yo la retrotraje a su yo individual para que ella tuviera posibilidad de abrir el campo de una respuesta genuina; al no querer responderle es como querer decirle: “¡quédese con la pregunta!”. Me parece correcto lo que usted acaba de decir, porque en el interrogante, en la angustia existencial frente a la dificultad de encontrar una respuesta... es ese mismo padecer interior, si usted tiene amor al conocimiento va a encontrar la respuesta. En cambio, si yo le doy una respuesta, le doy una respuesta *extraña* a su ser, exterior a su ser; una respuesta que viene de mí y, por lo tanto, no será una respuesta de su egoencia; la egoencia nace en el ser, no nace por lo que le dice el vecino, el líder, el autor del libro, porque el autor del libro lo dice, porque el vecino de la vereda de enfrente lo dice...: no hay tal vereda del enfrente, ni tal autor ni tal libro. La egoencia nace cuando empezamos a querer negar todo ese tipo de respuestas esquemáticas, formalistas, culturales, que parecen decir mucho y no dicen nada. En la medida en que podamos generar en nosotros mismos una pregunta y quedarnos –ante una respuesta que no llega– solos con la misma pregunta, –y seguir preguntando– en ese mismo momento ya estamos entrando en un campo nuevo.

Pregunta: — Respecto al renunciamiento a que usted hacía mención –yo creo que es un problema un poco paralelo a lo que se venía diciendo– creo que si nosotros estamos renunciando a algo, a algo que deseamos, frente al sistema del nuevo ser de que usted habla, yo no necesito un problema de renunciamiento... porque al no necesitar eso, ya lo separa. O sea, el problema del consumo de todas esas cosas que se nos presentan, si uno lo enfrenta con el renunciamiento como método para lograr un nuevo ser, inclusive va por camino falso... Es decir, si uno tuviera que prescindir de esas cosas sería porque uno no las necesita y no porque uno renuncie como método.

Respuesta: — ¿Quieren ustedes que entremos a dialogar sobre el tema de la renuncia? Creo que el último capítulo del libro “Gérmenes de Futuro en el Hombre” trata sobre la renuncia, ¿no?; digo creo porque no he vuelto a leer ese libro desde que lo escribí.

(Consultando el libro)...: Sí, se llama “La Renunciación”.

Pregunta: — Yo también iba a plantear el tema de la renuncia –que es un tema apasionante– pero, en realidad, pensaba dejarlo para más tarde (*risas*). Si me permite: usted se refiere aquí a la ansiedad y angustia del hombre: por las crisis, por los conflictos... y dice que convirtiéndose en el hombre nuevo, tomando un nuevo ideal, todos esos problemas previos quedarían superados...; por lo menos esta párrafo da a entender eso. Yo creo que acá todos estamos de acuerdo con este enfoque, pero lo que queremos ver más claro es el problema de la renunciación; y a mi ese párrafo es el que más dudas me trajo, porque yo puedo estar totalmente identificado con esto pero, de ahí a renunciar a todo lo material, a todos los bienes materiales, a toda nuestra estructura societaria, hay un paso enorme... (*risas*).

Respuesta: — Tendríamos que decir: “¡un momento!”, ¿no?... vamos a ver si conviene... “¡hay que pensarlo!”... Es algo que espanta... (*risas*.)

Bueno, tenemos que abrírnos al problema para *entender* la renuncia, porque si no la entendemos vamos a objetivar opiniones, vamos a exaltar un valor, crear algún mito, o formar una imagen falsa que nos va a dar miedo... si los discípulos de Cristo –que se supone, eran seres avanzados– se espantaron cuando les habló de renuncia, con mayor razón nos vamos a espantar nosotros... ¡y nos estamos espantando ya! (*risas*). Tenemos que llegar a darnos cuenta de que, hoy en día, el fundamento de las doctrinas sociales que se preparan para el futuro se ha de basar, necesariamente, sobre la renuncia... Esto que digo así en pocas palabras, como una línea de pensamiento, lo dejo como tema para ser meditado por ustedes. Tenemos que comprender que si hablamos de libertad interior, de libertad del ser, no podemos prescindir de la renuncia. Si todo este contexto de ideas que venimos desarrollando acerca del hombre nuevo no estuviera fundado en la renuncia, sería una ideología más, un humanismo más. Se habla mucho de libertades: libertad social, libertad política, libertad económica, libertad de ideas... pero no tenemos *la* libertad. La humanidad, durante siglos, ha buscado la libertad por distintos medios, pero cada uno de nosotros permanecemos esclavizados a nuestras tendencias, a nuestras ideologías, a nuestros bienes, a nuestra familia, a nuestra raza o a nuestros genes hereditarios. La renuncia es una ley universal de liberación: empecemos por ahí, no ha sido creada por mí, no es una teoría de “Gérmenes de Futuro en el Hombre”; es una ley de libertad humana, una ley de integración. La renuncia es lo que hace posible al hombre liberar su energía –volviendo en parte a lo preguntado sobre reserva de energía–, no se puede liberar la energía humana si no hay renuncia. A ver si podemos comprender esto...

(*Señorita*)

Pregunta: — Quedaría reprimida...

Respuesta: — U objetivada en algo. Nosotros estamos acostumbrados a materializar la energía en algo, a gastar la energía: si tengo mucho potencial de energía, entonces gasto mucho —como mucho, adquiero muchos bienes, muchas cosas—; y así gasto la energía, la condenso y la concretizo posesivamente en algo... pero no la libero; yo no libero mi energía para brindarla a la humanidad si es que la humanidad necesitara dicha energía. Pero si yo renuncio, en esa misma medida se libera la energía; mientras que el deseo, la posesión de cualquier tipo que sea, objetiva al ser, lo limita y lo reduce: esa es la ley, nos guste o no nos guste; eso no es cuestión de ideología sino cuestión de ley. No sé si ustedes lo ven a esto... y si están de acuerdo; aunque no creo que sea cuestión de estar de acuerdo o no, pero me gustaría conversar al respecto.

Pregunta: — ¿Es decir, que como paso previo a cualquier tipo de liberación del hombre la técnica sería la renuncia?

Respuesta: — Es que aún en algo tan concreto como es la solución de los problemas económicos del mundo tiene que haber un fundamento espiritual de renuncia que haga posible lograr la justa distribución de la riqueza, que con los diversos sistemas de organización económica no se consigue. Si los bienes están... sí —como dice Marcuse—, todas las condiciones materiales e intelectuales están dadas en la sociedad actual para que sea posible la desaparición del hambre y la miseria; y si eso no se consigue no es por falta de riqueza sino por falta de renuncia. En el fundamento moral de los nuevos sistemas económicos tiene que estar la ley de renuncia como posibilidad de expandir la fuerza de producción del hombre y hacerla universal. Porque si yo me apropio posesivamente de los frutos de mi trabajo, mi energía queda al servicio de mi personalidad y no al servicio de la humanidad. Y lo mismo pasa con la inteligencia y los demás bienes de la cultura... De modo que si hablamos de un hombre nuevo de carácter *expansivo* necesariamente tiene que ser un hombre de renuncia: será de más o menos renuncia —no lo sé—, pero cualquier hombre expansivo renuncia a sí mismo. Ustedes mismos habrán renunciado hoy a estar en sus casas, a haber comido... yo hoy no he comido para venir esta noche acá y creo que ustedes tampoco habrán comido: son pequeños gestos, no creo que sean virtudes, son elementos constructivos de una sociedad nueva que está reclamando la expansión de la energía humana. Si yo no renuncio a mis comodidades, a mis gustos, a mis bienes, no puedo entrar en el juego de la participación universal. Por eso la renuncia se anticipa como una ley, ya no como una virtud para ser más santo, para ir al cielo, para lograr la perfección del alma —que puede ser que también lo logre si es que existen esas cosas— sino como función humana en el juego participante de una sociedad nueva... Aquel que no tenga renuncia estará perdido en una sociedad nueva... va a sufrir mucho, va a quedar descolocado frente a la aceleración del

movimiento de renuncia: –shock del futuro en el sentido de Alvin Toffler–.

Pregunta: — Yendo a un caso concreto, si yo me perfecciono técnicamente para la política, por ejemplo, y tengo que cumplir una función social, primero tengo que preguntarme: "¿qué voy a hacer, voy a cumplir una obra personal o voy a realizar la función que corresponde a mi misión profesional?"

Respuesta: — O sea preguntarse si va a cumplir la misión que usted siente como propia del sentido que quiere dar a su existencia; para que el sentido de su existencia quede colmado, para que no sea un hombre frustrado; para que... –y aquí viene el “para qué” que decía la señorita–, si usted tiene un bien –su inteligencia en este caso, su capacidad profesional– usted puede encontrar un sentido a su existencia en el momento en que ofrende ese bien, no en la medida que lo retenga para su uso y beneficio personal: para saber más, para ganar más y tener más. El sentido de la existencia se colma en la medida en que el ser se da, no en la medida que recibe; porque generalmente, cuando se recibe uno se siente satisfecho momentáneamente pero luego sentimos una sensación de profunda frustración existencial; y, hoy en día, la humanidad entera padece un sentimiento de frustración existencial, ¿por qué?: porque no se dá. Y la renuncia es eso, es muy simple, no es una teoría sobre la cual haya que especular; es una necesidad de darse –no de dar cosas–, de darse para que mi ser quede colmado: es una necesidad del ser, otra vez...; no es una virtud religiosa exclusivamente, ¿no es cierto?, no está confinada a los monasterios... empieza a sentirse como una necesidad de los hombres de los nuevos tiempos.

Pregunta: — Volviendo a nosotros, a por qué nos hemos organizado: primero el origen –una insatisfacción–, luego hablamos del método y, ahora, nos quedaría la parte final, referida a la finalidad, pero no a la finalidad en el sentido de si me conviene o no me conviene, o qué logro con eso, sino la finalidad entendida en un sentido más amplio, o sea una finalidad así de tipo existencial, y eso se relaciona, evidentemente, con algún principio superior, con Dios. Pues bien, esa tendencia del sentimiento del hombre nuevo, ¿cómo se relaciona con Dios?

Respuesta: — Esa es una pregunta muy importante que hace a la egoencia del ser... porque la egoencia del ser se anuncia como un principio de armonía de valores humanos y divinos y no como un nuevo humanismo: y aquí volvemos nuevamente a la metodología. Hablar de Dios, hoy en día, es, a veces, hablar de lo que uno no conoce e identificar con ese término una fachada ideológica, una fachada de creencia y una postura exterior frente a la vida, cuando, a lo mejor, el ser íntimo está negando a ese Dios. Por eso mucha gente se niega hoy a hablar de Dios porque se da cuenta de que el hablar de Dios por el hablar mismo, la creencia por la creencia misma... no tiene sentido. Estuve conversando con un joven que vino hace poco de los Estados Unidos acerca, precisamente, de “Gérmenes de Futuro en el Hombre”, y me decía: “vea, el libro es

bueno, pero tendría que hacerle algunas correcciones y, entre ellas, sustituir la palabra Dios por alguna otra palabra”. “Bueno” –le dije–, “sí, pero tampoco vamos a desvirtuar el sentido que realmente tiene el mensaje...” Y él me insistía: “sustitúyala –qué se yo– por la palabra trascendencia, por ejemplo”. “La palabra Dios” – dice– “por lo menos en la juventud universitaria que yo frecuento, y también en otros grupos jóvenes, produce tal reacción, que no quieren saber nada con ella”. Y no quieren saber nada ¿por qué?: porque en Estados Unidos, últimamente, la guerra de Vietnam y las conmociones sociales internas han hecho ver a la gente muchas cosas... y entre ellas que muchos de los que juran en sus cargos públicos por Dios y por la patria –cuya imagen adquiere allí más difusión que acá por los medios de difusión de masas– se encuentran luego comprometidos en los crímenes de guerra, en la fabricación de gases tóxicos, en la discriminación racial o en los intereses de las grandes corporaciones. La gente que piensa no acepta esa dualidad de un hombre que, por un lado, jura por Dios y, por el otro, hace todo lo contrario. Entonces, los planteos acerca de Dios deben ser, hoy en día –pienso–, muy precisos, muy auténticos, y de un carácter más interior que exterior. Creo que la renuncia, en función de vida no de teoría, es el valor que nos puede poner en contacto con aquello que llamamos Dios. No me parece que sea cuestión de venir a decir si yo creo o no creo en Dios porque eso puede no tener ningún sentido: si mi vida está esclavizada a mis deseos, mis posesiones, mi egoísmo personal ¿de qué vale que yo diga que creo en Dios, qué valor puede tener esa declaración exterior? Pero si tengo suficiente amor para iniciar el camino de la renuncia, entonces, en la medida en que renuncio a mí mismo, eso que llamamos Dios de alguna manera se hará una realidad en mí. O sea, que lo primario aquí, como método –y a nivel humano, se entiende– o sea, el valor humano a poner en juego para que eso que llamamos Dios pueda revelarse como realidad y no como una ilusión más, es la renuncia: es el valor más generoso que el hombre puede poner en juego a la presencia de Dios. Pienso que no se puede comprar a la divinidad con alguna creencia, con alguna clase de doctrina o con alguna clase de palabras superficiales; que porque le *diga* simplemente a la divinidad que la amo, que creo en ella. Ella se va a manifestar en mí, si mi corazón, si mi ser está lejos de lo que mis labios pronuncian. Pero en la medida en que pueda ganar un valor de generosidad humana, de renuncia, ese misterio que llamamos Dios empieza a tener una vigencia existencial en mi vida, no una vigencia de creencias. Si soy capaz de renuncia, seguramente voy a tener una apertura a lo divino; pero si yo digo que creo en Dios y luego soy ambicioso, que soy egoísta, si todo lo que gano lo consumo, si exploto al prójimo y estoy enrolado en grupos que explotan a la humanidad... ¿de qué Dios estamos hablando? Eso es lo que yo creo.

Pregunta: — Una última pregunta, para no cansarlo... Usted también se refiere en el libro al control de la mente: ¿podría explicar un poco eso?

Respuesta: — Me parece que el diálogo que hemos estado realizando, de alguna manera hemos

ejercitado un cierto tipo de control de la mente: nos hemos estado observando a nosotros mismos y ese es, a mi criterio, el comienzo del control de la mente. Porque se ha hablado mucho, también, del control de la mente y de los ejercicios para lograrlo. La literatura orientalista, sobre todo, y también algunos trabajos de la literatura occidental han llenado los estantes de las bibliotecas con libros sobre la concentración mental, que tratan acerca de ejercicios para agudizar los sentidos, controlar el pensamiento... concentrarnos sobre un punto, ponernos cabeza abajo, etc. Yo creo que todas esas cosas –por lo menos tal como se practican habitualmente– son ejercitaciones parciales; pienso que el control de la mente tiene que estar en función de esa armonía de valores humanos y divinos que llamamos egoencia, porque si no haremos algo parcial; nos pasaremos media hora fijando la mirada en la punta de un alfiler y cuando hayamos terminado ese ejercicio seguramente nuestra mente se habrá vuelto *más* vigorosa, *más* objetiva, pero puede ser también que cuando creamos que nuestro ser domina a la mente, la mente vigorizada controle a nuestro ser y estemos más alienados que antes. La mente tiene que estar en armonía con la totalidad del ser; es decir, tiene que poder recuperar su verdadera función de medio, de servidora del todo, y renunciar a sus pretensiones de hegemonía, de dominio del ser. Volvemos otra vez al punto de partida; es decir, volvemos a reconocer que no podemos limitarnos a metodologías parciales; porque entonces, resulta que nos vamos a hacer vegetarianos porque vamos a creer que con alguna dieta especial vamos a adquirir el sentido del futuro, nos vamos a concentrar todos los días media hora sobre la punta de un alfiler o nos vamos a poner cabeza abajo creyendo que con esas cosas nuestra mente va a ser más ágil, más disciplinada, más enérgica, y lo único que vamos a lograr es hipertrofiar alguna función parcial: como el atleta que ejercita todos los días sus músculos y logra una buena musculatura en detrimento de la armonía del ser total; hay mucha gente que disciplina su mente y hace ejercicios de concentración y ustedes los ven rígidos, duros, controlados objetivamente sobre sí mismos y, al mismo tiempo, fanáticos de sus posiciones e incapaces de armonizar otras funciones del ser: resultado, la mente ha ocupado más lugar del que le corresponde y se ha generado una nueva esclavitud.

Ahora ustedes comprenderán por qué yo me negaba de entrada a responder objetivamente a la pregunta por el método, porque corríamos el riesgo de fijar una cantidad de esquemas mentales, de fórmulas, de recetas, de ejercicios, y de creer que con tales o cuales ejercicios íbamos a llegar a ser hombres nuevos. Pienso, en cambio, que no hay que dar mayor importancia, al principio, a ese tipo de metodología y tratar más bien de hacernos sensibles a esto que estamos queriendo ganar en nuestra alma y en nuestro corazón como *sentido de apertura*. En el momento en que este sentido de apertura se haga real, vocacional y querido por nosotros mismos, van a ver ustedes que toda esa metodología que ya existe, y que es fácil de transmitir y de aprender, va a estar muy a la mano y va a tener sentido como método para llegar a ser. Es como decirle a

alguien que preguntara: “¿Qué puedo hacer para conocer las ciencias, para conocer los secretos de la naturaleza?” “Bueno, ¿tiene amor al estudio?” Si tiene amor al estudio hay muchos caminos que le pueden dar un acceso metódico al conocimiento... ¿no es así?

Dr. Ramón P. Muñoz Soler

Les agradezco la gentileza de haberme invitado a esta reunión y los felicito a todos... Pienso que ustedes pueden hacer una obra muy hermosa si mantienen este sentido cordial que he podido apreciar esta noche. La reunión se ha mantenido en un nivel de apertura a la comunicación, no se ha transformado en una polémica, no se ha transformado en tribuna de prédica ideológica –de alguien que viene con la intención de querer convencer a otros– ni se ha transformado en un antagonismo de ideas que genera fuerzas contrarias...: se ha transformado en una amistad. Si este sentido de amistad, de receptividad y de respeto a las posiciones aún parciales que podamos tener cada uno de nosotros se mantiene y es custodiado dentro mismo del grupo, yo estoy seguro de que un grupo joven como éste puede dar, realmente, una presentación de ideas y sentimientos nuevos a la sociedad, y va a atraer –no por prédica sino por similitud– a mucha gente que está esperando un mensaje nuevo de alguien que sepa vivirlo.

Buenos Aires, diciembre 30 de 1970

